

Historia de las ideas morales

X

Moral judaica

Los hebreos, por la Biblia, han ejercido una acción importantísima en la historia de la civilización y en la evolución de la moral, sobre todo de nuestra moral europea. Es inútil hacer notar aún el carácter relativamente moderno de la moral bíblica, que no remonta, como teoría escrita, a más de diez siglos antes del cristianismo, y que no ha tomado su forma definitiva hasta 458 años antes de la era vulgar, en la época en que la segunda colonia judía volvió del cautiverio de Babilonia, y en que Esdras, su jefe, compilador hábil y reformador genial, clasificó las leyendas judaicas, y bajo el pretexto del hallazgo de los libros de Moisés dulcificó el jehovismo y le hizo apto para conquistar el mundo.

El judaísmo fué esencialmente una religión materialista. Al primer aspecto parece que el *Génesis* principia por un dualismo. Dios y la Materia. Ese dualismo, como lo observa Brothier, es aparente: lo que hay, desde el principio, es la materia ininteligente y ciega, el caos, y la materia inteligente o divina; en una palabra, es la materia y nada más que la materia. Siendo todos sus actos materiales, ¿cómo dudar que el Dios de Moisés sea material él mismo?

Lo propio del materialismo consiste en no afirmar como real sino lo que cae bajo la acción de los sentidos. De todas las cosas que conocemos de ese modo, la más perfecta es el hombre. Nada existe sobre el hombre, porque nada aparece con tal superioridad. ¿Qué podemos hacer para obtener un tipo de perfección? Sencillamente aumentar, desarrollándolas por nuestra imaginación, las cualidades humanas, atribuyéndolas a un ser que llegará a ser así nuestro ideal y nuestro modelo *antropomórfico*.

Basta recorrer los libros judíos para

convencerse de que Dios no habla y obra en ellos más que como un hombre; no como un hombre de nuestros días, sino como un hombre de aquellos tiempos de ignorancia y de barbarie, que algunos fanáticos se esfuerzan en transformar en ángel de inocencia y dulzura. Ciertamente que Jehová valía un poco más que sus adoradores, puesto que era para ellos objeto de adoración, pero un príncipe que hoy se le pareciera, que ordenara las matanzas y las abominaciones de toda especie que ordenó, sería objeto de execración pública.

He pronunciado la palabra príncipe, y en efecto, Jehová no era más que el príncipe invisible de los judíos. Resulta evidente de sus escritos que Moisés reconocía la existencia de una multitud de otros dioses. Cada pueblo tenía el suyo, pero el Dios de Israel era el mayor de todos: había fabricado la tierra, suya había de ser. Los otros dioses eran usurpadores a quienes había de combatirse por su orden, pero que habían de ser forzosamente reconocidos algunas veces. Tal es, entre muchos ejemplos, lo que sucedió a Jefé, uno de los primeros sucesores de Moisés, cuando enviando embajadores al rey de los ammonitas le dirigió estas notables palabras: «Lo que posee vuestro dios Chamos, ¿no es legítimamente vuestro? Por la misma razón, ¿lo que Dios ha conquistado, no debe pertenecernos?» (*Jueces*, XI, 24). Esos dioses de las naciones extranjeras tenían sus profetas y hacían milagros ni más ni menos que el dios de Israel. Hacíase preciso, cuando se podía, degollar sus profetas o al menos oponer a sus prodigios otros más maravillosos todavía.

Se ha extrañado no encontrar jamás en la Biblia una sola alusión, siquiera remota, a la vida futura, es decir, a la